

# VIAJE PAQUETE

María Matienzo / Taller de Cuento *Punto de Partida*

Donde quiera que aparecemos causamos sensación. John, un gigante que quita el habla de puro guapo, y que domina bastante bien el español, porque es profesor de lenguas. Katy, joven aún para ser abuela, y cuyo único conocimiento de la lengua cervantina consiste en repetir graciosamente “buenos días” a toda hora. Y yo, que siendo más poblana que la Casa del Alfeñique, tengo una fluidez en el idioma similar a la de cualquier hijo de vecino.

Nuestra amistad había nacido como nacen muchas amistades: por casualidad. John vino a caer a Puebla tomando un curso de no se qué, y discurrió volver con su abuela a cuestas, ante la perspectiva de tener conmigo guía de turistas, amistad y diversión.

El caso es que un buen día zarpamos, rumbo a lo conocido: Guadalajara. Visitamos todo lo visitable, disfrutando del alma de provinciana y del olor a tierra mojada, hasta que descubrimos el anuncio. “Viaje-paquete, tres días y dos noches incluyendo transportes aéreo, aire acondicionado y mar.”

Suena seductor, especialmente en me-

dio de un calor de cuetería, así que ni tardos ni perezosos, liamos bártulos, y a la playa.

En el avión conocemos a nuestros compañeros de viaje: los muchachos y las chicas. Los primeros, según colegimos de sus conversaciones a grandes voces, están despidiendo a alguien de la soltería, y, como Juan Charrasqueado, no dejarán en los campos ni una sola flor. Las chicas, un sinnúmero de señoras y señoritas, viejas todas, son de las que se reúnen periódicamente a viajar por la república.

Y así, en un espléndido día, llegamos a Puerto Vallarta.

Ya instalados en el hotel, bajamos a la playa. Un panorama de acuarela frente al sol abrasador. Momentos después llegan los muchachos, y luego de recorrer la playa de arriba abajo, se percatan de la horrorosa realidad: no hay una sola extranjera, y las nacionales, excepción sea hecha de las chicas, no “jalan”. Bastante alicaídos se acercan a nosotros, y al contestarles John en español, empieza la conversación.

—¿Qué parte de México conoces? ¿Puebla? La gente de ahí es una peste.

Si esas tenemos, pienso yo, más vale enmudecer. Y enmudezco con tal éxito que al cabo de un momento me creen estadounidense.

— ¿Qué son ustedes dos?, le preguntan a John señalándome.

— Amigos.

— ¿Amigos? ¡Ja!

Alguien sugiere meterse al mar, y allá va el grupo, John y Katy entre ellos. Dos se quedan conmigo.

— You smoke? Muevo la cabeza.

— You drink? Niego por segunda vez.

— ¿Tú crees? Ni toma ni fuma, pero que tal todo lo demás! (Ese “todo lo demás” me pone solferina.)

Como la “amiga del gringo” es la única persona disponible, esa noche en el hotel, soy el éxito de la zarzuela. Uno a uno me sacan a bailar contándome sus proezas.

— Mi tesoro. Y hace el ademán con la capa.

— ¡Oh! — exclamo.

El primero en alcoholizarse se trata de propasar. ¡Con Katy! Ella está feliz, tendrá qué contar a su regreso. Se acaba la pieza y mi pareja le dice a su compañero:

— Ahí te va, para que se las pellizques. (Soponcios que se lleva uno cuando es tan fresca)

Al día siguiente tomamos el barquito que va a la cascada. John se marea, así que no viene. Los muchachos, mareados desde la noche anterior, brillan por su ausencia

En cambio, las chicas todas están a bordo. Simpáticas las viejitas. Como las únicas extrañas somos Katy y yo, entre gritos de gaviotas, la emprenden con nosotros.

— Oye, te oí pedir el desayuno en español.

— Sí, soy mexicana.

— Tus amigos no, ¿verdad?

— ¿Qué son el güero y tú?

Supongo que las candidas mujeres no elucubrarán tanto sobre nuestra relación, y digo: amigos.

Se miran entre sí. Una que otra se santigua.

Llevan a Katy a popa e insisten, ¿Qué son ellos dos? Después de oír repetidas veces “buenos días”, claudican.

Precioso día. El mar tranquilo y la bahía de Mismaloya, un espejo de agua transparente. Llegamos a la playa. Hay que caminar hasta la cascada y la emprendemos. Cruzamos un pueblito alfombrado con puercos. Caminamos y caminamos

por la escarpada cuesta. Un niño se ofrece a guiarnos, pero no tenemos dinero. Se va después de pisar una flor. Uno de los puercos se compadece y nos acompaña. Por fin, cuando cada uno de nosotros es una cascada viviente, llegamos al sitio. Un estanque en medio de una exuberante vegetación. A través de la bóveda de hojas se cuelan diamantes de luz.

Tres gotas caen desde las alturas. Es la cascada.

Regresamos al hotel cansadas y felices.

En el restaurante nos encontramos otra vez con nuestros amigos, que continúan bebiendo como cosacos, supongo que es la manera de desahogar sus frustrados ímpetus de Juan Charrasqueado.

La música invita al baile. “Matilda, Matilda”. . . La animación es general. Decido revelar mi secreto.

— Sun burn, explica uno mostrando los hombros ardidos.

— Si digo yo, realmente estás muy quemado, ponte vinagre, te deja oliendo a ensalada de lechuga, pero refresca.

El hombre me mira, pero no reacciona, ¿será el vino?

Al siguiente le digo que yo jamás me enfrentaría a un toro.

Qué bien hablo inglés, piensa, estoy entendiendo perfectamente.

El más lúcido me ve cantando la canción. Queda pendiente de mis labios.

— Habla un poco de español, se sabe la canción, comenta. John está rojo de risa. Salgo a bailar de nuevo.

— Hablas bastante español.

— Bueno, como tú.

— Pero yo soy mexicano.

— Yo también.

— No tú no.

Nos sentamos. Yo de parto como descosida. Todos miran hipnotizados.

— Es mexicana, les explica John.

— No es posible.

— Si ya decía yo que tenía un gran vocabulario.

— Grande el que tenía, y mayor que lo tengo ahora oyéndoles a ustedes. (Consternación)

— ¿Con que me ibas a pellizcar las qué? Ahora los solferinos son otros. Uno empieza a disculparse. John ríe a carcajadas. Por fin alguien reconoces: te botaste un diez.

De regreso, en el avión, las únicas que hablan hasta por los codos son las chicas. Los muchachos, con caras largas y contritas, semejan niños castigados en sus rincones.